

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 44

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

32. EL LLAMAMIENTO DE MATEO, EL PUBLICANO – MT. 9:9-13; MR. 2:13-17; LC. 5:27-32.

Mateo 9:9-13	Marcos 2:13-17	Lucas 5:27-32
<p>⁹ Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió.</p> <p>¹⁰ Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos.</p> <p>¹¹ Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?</p> <p>¹² Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.</p> <p>¹³ Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.</p>	<p>¹³ Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba.</p> <p>¹⁴ Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió.</p> <p>¹⁵ Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido.</p> <p>¹⁶ Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?</p> <p>¹⁷ Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.</p>	<p>²⁷ Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme.</p> <p>²⁸ Y dejándolo todo, se levantó y le siguió.</p> <p>²⁹ Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos.</p> <p>³⁰ Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?</p> <p>³¹ Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.</p> <p>³² No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.</p>

A. Aprendemos del maravilloso poder de Cristo para llamar a los pecadores del mundo y hacerlos sus discípulos.

- 1) Encontramos al hombre, que vino a escribir un Evangelio, sentado al banco de los tributos públicos cobrando impuestos. Lo vemos absorto en su llamado mundano y posiblemente pensando en nada más que dinero y ganancias. Pero de repente el Señor Jesús le pide que lo siga y se convierta en su discípulo. Enseguida, Mateo obedece. Se apresura y no retarda en guardar el mandamiento de Cristo (Salmo 119:60), levantándose y siguiéndolo.
- 2) Esta es una verdad de gran importancia. Sin un llamado divino nadie puede ser salvado (Juan 6:44). El ser humano sin Cristo está tan hundido en el pecado y tan ligado con el mundo, que nunca se volvería a Dios y buscaría la salvación a menos que Él primero le llame por Su gracia. Dios debe convencer los corazones por Su Espíritu (Juan 16:8), antes que puedan desear de Él.
- 3) ¡Qué Salvador tan misericordioso es Cristo! Cuando llama a un pecador a ser Su siervo, actúa con infinita misericordia haciendo un llamado soberano, con un propósito definido, que, si el pecador se rinde a éste, las riquezas de Su gracia se manifestarán en él notoriamente. Nuestro bendito Salvador a menudo elige a aquellos que parece más improbable que hagan Su voluntad y que están más alejados de Su reino. Él los atrae hacia Sí con poder todopoderoso, rompe las cadenas de hábitos y costumbres de antaño, y los convierte en nuevas criaturas. El llamado de Cristo saca a los pecadores del mundo y derrite a los más duros de corazón.
- 4) Tristemente muchos se resisten al llamado de Su gracia y la gracia viene a ser en vano para ellos. Esto sucede en un incrédulo como en un cristiano. ¡Cuántos creyentes se resisten al llamado del Señor a presentar sus cuerpos como sacrificio vivo y santo y los planes de Dios para ellos se

- truncan! Viven vidas tibias, no comprometidas con Dios sino amando este mundo, y sirviendo a dos señores y no sirviendo a ninguno; dando mínimo fruto, sino es que nulo, para la postre rendirse, con conciencias cauterizadas, al servicio del mundo, encauzándose así en el peligroso camino de apostasía, rindiendo pleitesía al pecado de donde fueron rescatados (2 Pe. 2:20-23).
- 5) Pero el que llamó a Leví, todavía vive y todavía obra. La era de los milagros aún no ha pasado. El amor al dinero es un poderoso principio, pero el llamado de Cristo es más poderoso. La voz que dijo a Leví: "*Sígueme*", todavía puede hablar a los corazones. Que quede claro en nuestra mente como creyentes que para Cristo nada es imposible. Él puede tomar a un recaudador de impuestos y convertirlo en apóstol. Puede cambiar cualquier corazón y hacer que todas las cosas sean nuevas. Nunca perdamos la esperanza de que Dios puede salvar un alma, por más obstinada que parezca. Nunca debemos decir de nadie que es demasiado malvado, o está demasiado endurecido, o es demasiado mundano para convertirse en cristiano. Ningún pecado es tan malo como para no ser perdonado. Ningún corazón es demasiado duro o mundano para ser cambiado. Sigamos orando, hablando y trabajando para hacer el bien a las almas, incluso a las almas de los peores. "*Voz de Jehová con potencia*", dijo el salmista (Sal. 29:4). La voz del Señor es poderosa. Cuando Él dice, por el poder del Espíritu, "*Sígueme*", puede convencer a los más duros pecadores.
 - 6) ¡Qué gran decisión de Mateo de rendirse y obedecer el llamado del Señor! No esperó nada. No lo hizo esperar, como Félix, para otra oportunidad (Hch. 24:25), y en consecuencia cosechó una gran recompensa. Escribió un libro que es conocido en todo el mundo. Se convirtió en una bendición para los demás, así como fue bendición para su propia alma. Dejó un nombre detrás de él que es más conocido que los nombres de los príncipes y reyes. El hombre más rico del mundo pronto es olvidado cuando muere, pero mientras la historia del mundo continúe, millones conocerán el nombre de Mateo el publicano, el recaudador de impuestos.
 - 7) ¿Qué de nosotros? Ésta, después de todo, es la gran pregunta. ¿Estamos esperando, retrasando y quedándonos atrás bajo la idea de que la cruz es demasiado pesada y que nunca podremos servir a Cristo? Echemos lejos y de una vez para siempre tales pensamientos. Creamos que Cristo puede capacitarnos por Su Espíritu para dejarlo todo y salir del mundo y nuestras vanas ocupaciones y seguirle con todo nuestro ser. Recordemos que el que llamó a Leví nunca cambia. Tomemos con valentía la cruz y vayamos adelante.

B. Aprendemos que uno de los principales propósitos por el que Cristo vino al mundo no fue para llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

- 1) Los fariseos le criticaron porque permitió que publicanos y pecadores estuvieran en Su compañía. En su orgullosa ceguera pensaban que un maestro enviado del cielo no debería tener tratos con esas personas. Ignoraban por completo el gran diseño para lo cual el Mesías había de venir al mundo; para ser un Salvador, un Médico, y un sanador de almas cautivas en el pecado. De modo que provocaron que el Señor les hiciera una reprensión acompañada de las benditas palabras: "*Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento*" (Mt. 9:13).
- 2) Comprendamos a fondo la doctrina que estas palabras contienen. Lo primero que es necesario para tener interés en Cristo es sentir profundamente nuestra propia corrupción y estar dispuestos a llegar a Él para liberación. No debemos mantenernos alejados de Cristo como muchos lo hacen por ignorancia, porque nos sentimos que somos malos, inicuos e indignos. Tenemos que recordar que los pecadores son aquellos a quienes Él vino al mundo a salvar y que, si nos sentimos así, está bien. Bienaventurado aquel que realmente comprende que el requisito principal para venir a Cristo es un profundo sentimiento de pecado.
- 3) "Los sanos" y "los justos" son aquellos que no ven su condición, se jactan o se excusan de su pecado; a estos Cristo no vino a sanar. Él vino a sanar a "los enfermos", a los que reconocen los efectos dañinos del pecado en sus vidas. Él vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento. A los que no resisten Su palabra cuando les muestra la realidad de su pecado. A los que no resisten Su gracia que les desea conceder arrepentimiento. A los que no le dan las espaldas a un Cristo

misericordioso que los quiere sacar de su lamentable condición, sino se vuelven a Él reconociendo su pecado e implorando su perdón y liberación. Sí, el sano y el justo no tiene necesidad de Médico. ¡Cuántos no aprovechan los beneficios que otorga el Médico divino tan solo por el obstinado de orgullo de vivir en el placer del pecado, buscando un gozo temporal y rechazando el gozo eterno!

- 4) Entendamos la verdad de que los pecadores son aquellos a quienes Cristo vino a llamar y nunca lo olvidemos. No lleguemos a pensar que los verdaderos cristianos puedan alcanzar tal estado de perfección en este mundo, como para no necesitar la mediación e intercesión de Jesús. Pecadores necesitados de Cristo éramos el día que vinimos a Cristo por primera vez, y necesitados seguimos estando de Él cada día. Pablo dijo: *“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”* (1 Tim. 1:15).
- 5) Necesitamos que se nos recuerde con frecuencia que Jesús no vino simplemente como un maestro, sino como el Salvador de lo que estaba completamente perdido; y que sólo podrán recibir beneficio de esto aquellos que confiesen que son pecadores arruinados, desesperanzados y miserables. Así que reconocer que somos miserables pecadores no debe impedirnos que descansemos en Cristo ya que Él *“vino al mundo para salvar a los pecadores”*, y si nos sentimos así, tenemos garantía para confiar en Él hasta el final de nuestra vida.

C. Aprendemos que uno de los oficios principales de nuestro Señor es el de Médico.

- 1) Cuando los escribas y fariseos preguntaron a los discípulos en tono de reprensión, *“¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?”*, Jesús, les dijo: *“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.”*
- 2) El Señor Jesús no vino al mundo, como algunos suponen, para ser nada más que un legislador, un rey, un maestro y un ejemplo. Si éste hubiera sido solo el propósito de Su venida, la necesidad del hombre no hubiera sido saciada en su totalidad. Los regímenes dietéticos y las reglas de salud están muy bien para el convaleciente, pero no son adecuados para el hombre que se encuentra en un estado de enfermedad mortal. Un maestro y ejemplo pueden ser de gran ayuda, pero los pecadores caídos como nosotros primero necesitamos curarnos, antes de que podamos valorar las reglas.
- 3) El Señor Jesús vino al mundo para ser médico además de maestro. Conocía las necesidades de la naturaleza humana. Nos vio a todos hartos de una mortal enfermedad, golpeados por la plaga del pecado y muriendo diariamente. Se compadeció de nosotros y descendió para traer la medicina divina para nuestro alivio. Vino *“a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos”* (Lc. 4:18).
- 4) Ningún alma enferma y cautiva de pecado está demasiado perdida para Él. Es Su gloria sanar y devolver la vida a los casos más desesperados. Debido a Su expiación vicaria, a Su ternura incansable, y a Su larga experiencia de las dolencias espirituales del hombre, el gran Médico de las almas es el único que puede sanar al hombre. No hay nadie como Él.
- 5) Pero ¿qué sabemos nosotros mismos de este oficio especial de Cristo? ¿Alguna vez hemos sentido nuestra enfermedad y cautividad espiritual y acudimos a Él en busca de alivio y libertad? Ser sensibles a nuestra corrupción y aborrecer nuestras propias transgresiones es el primer síntoma de salud espiritual. ¡Bienaventurados aquellos que han llegado a ser conscientes de la enfermedad de su alma! Hágales saber que Cristo es el Médico que ellos necesitan y que vengan a Él sin demora.

D. Aprendemos que la conversión es causa de gran alegría para el nuevo creyente.

- 1) Cuando Leví se convirtió, hizo *“gran banquete en su propia casa”*. Consideró el cambio en sí mismo como una ocasión de regocijo, y deseaba que otros se regocijaran con él.
- 2) Podemos imaginar que la conversión de Leví fue causa de dolor para sus amigos mundanos. Lo vieron renunciar a una vocación provechosa para seguir a un nuevo maestro de Nazaret.

Probablemente consideraron su conducta como una grave locura y una ocasión de tristeza más que de alegría. Ellos sólo miraron sus pérdidas temporales al convertirse en cristiano. De sus ganancias espirituales no tenían idea alguna. Y hay muchos como ellos. Siempre hay muchas personas que si se enteran de que alguien se convierte o se entrega completamente a Jesús, lo consideran más bien una desgracia. En lugar de regocijarse, sacuden la cabeza y lo consideran fanatismo.

- 3) Sin embargo, dejemos claro que Leví hizo bien en regocijarse; y si Dios hace una obra en nosotros, alegrémonos igualmente. No hay nada mejor que le puede pasar a un hombre que debiera ser una ocasión de alegría como su conversión o su santificación. Es más importante que casarse, o llegar a la mayoría de edad, o recibir una gran fortuna. ¡Es el nacimiento de un alma inmortal! ¡Es el rescate de un pecador del infierno! ¡Es un pasar de muerte a vida! ¡Es el hecho que ahora el creyente ha sido hecho rey y sacerdote para siempre! ¡Es la adopción a la familia más noble y rica de todas las familias, la familia de Dios!
- 4) No hagamos caso de la opinión del mundo en este asunto. Los hijos de este siglo hablan mal de cosas que no saben (Judas 1:10). Consideremos, con Leví, cada conversión de un incrédulo y cada obra espiritual en nuestras vidas como motivo de gran alegría. Nunca debería haber tal alegría, regocijo y felicidad como cuando nuestros hijos, hermanos o amigos, nacen de nuevo y son traídos a Cristo. Deben recordarse las palabras del padre del pródigo: *“Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.”* (Lucas 15:32.)

E. Aprendemos que las almas convertidas desean promover la conversión de los demás.

- 1) Se nos dice que cuando Mateo se convirtió e hizo un banquete por esta razón, invitó a muchos publicanos para compartirles lo que había sucedido con su vida. Lo más probable es que estos hombres fueran sus viejos amigos y compañeros. Leví sabía bien lo que necesitaban sus almas, porque había sido uno de ellos; y deseaba que supieran que el Salvador, que había sido misericordioso con él, podía ayudarles también. Él había recibido misericordia, y desea que ellos también la recibieran. Habiendo sido liberado, por gracia, de la esclavitud del pecado, deseaba que también los demás fueran libres. Este sentimiento de Leví siempre será el sentimiento de un verdadero cristiano. Se puede afirmar con seguridad que no hay gracia en el hombre al que no le importa nada la salvación de sus semejantes. El corazón que realmente es enseñado por el Espíritu Santo estará siempre lleno de amor, caridad y compasión. El alma que ha sido verdaderamente llamada por Dios deseará fervientemente que otros puedan experimentar el mismo llamado.
- 2) ¿Cómo nos va a nosotros en este asunto? ¿Sabemos algo del espíritu de Leví después de su conversión? ¿Nos esforzamos en todos los sentidos para hacer que nuestros amigos y parientes se familiaricen con Cristo? ¿Le decimos a los demás, como Moisés a Hobab: *“Ven con nosotros, y te haremos bien; porque Jehová ha prometido el bien a Israel”*? (Núm. 10:29). Proclamemos como la samaritana: *“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?”* Declaremos a los nuestros, como lo hizo Andrés a Simón, *“Hemos hallado al Mesías.”*
- 3) Si no estamos compartiendo de nuestra salvación nuestras almas adolecen de gratitud a Dios y falta de compasión al prójimo. La triste realidad es que no hay suficiente espíritu misionero entre los cristianos. No debería solo satisfacernos el hecho de que nosotros tenemos salvación, sino también debemos buscar que otros la conozcan y la abracen para su propio bien. No todos serán llamados a ir lejos a los paganos, pero todo creyente debe esforzarse por ser misionero para sus semejantes donde quiera que se encuentre. Habiendo recibido misericordia, no debiera callar.

Memorizar Mateo 9:13 – “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.”